



## La mirada hacia el cielo.

El Presidente se levantó de la cama esa mañana puntualmente. Era la hora programada. También puntualmente le sirvieron su desayuno y, en el momento preciso, abordó su automóvil que lo conduciría, como todos los días a esa hora, hacia el Palacio de Gobierno.

Mientras iba en camino hacia el Palacio, recibió un informe escrito, como todos los días cuando se desplazaba hacia su gabinete, con informaciones sobre lo ocurrido en el país durante las últimas veinticuatro horas. Lo leyó con la rapidez que acostumbraba, todos los días a esa hora.

Cuando terminó de leer el informe, como un reloj, se abrió la puerta del automóvil, el cual se había detenido al borde de la escalinata que conducía al portalón del Palacio. Allí, como todos los días desde tiempo inmemorial, estaban rígidos los guardias, enfundados en sus uniformes rojos. Maquinalmente, ellos presentaron honores, como siempre lo habían hecho con este presidente y con todos los presidentes que habían gobernado.

El Presidente avanzó por los corredores, en tanto todas las puertas se iban abriendo a su paso y, a su vez, cerrando tras de sí, en la medida que avanzaba, todo ello como si manos invisibles lo hicieran, automática y puntualmente.

El Presidente ingresó a su despacho. Allí, estaban los secretarios, atentos y serviles a la hora precisa, con todas las carpetas, documentos, informes, cartas, antecedentes y todo cuanto hay que tenerle al Presidente justo a esa hora.

El Presidente se sentó a su escritorio y, sin decir una palabra, se volvió hacia la bandeja que un criado había colocado a su alcance con una taza de café humeante. A la hora justa.

Miró los relojes. Las manecillas estaban clavadas sobre la hora prefijada. Se escucharon vibrantes los sonos del himno de la nación, con el cual se rendía homenaje todos los días al estandarte nacional.

Ingresó el Primer Ministro. Informó, como todos los días, que el país estaba en calma, no había amenazas de guerra, no había motines ni se había escapado ningún preso de la cárcel. Todo bien. Ese era un gusto de país. Luego, tal como estaba programado, entró el

Ministro Segundo. Informó que toda la gente trabajaba, las industrias, los talleres, las empresas consultoras, todos, todos laboraban puntual y frenéticamente. La economía marchaba... sí, sí, sí, como un reloj. Los empresarios ganaban dinero y los trabajadores aumentaban sus ingresos. Los que tenían que endeudarse, se endeudaban también, puntualmente.

Luego, ingresó el Ministro Tercero. ¿Por qué siempre este Ministro Tercero tenía que darse importancia y llegar quince segundos atrasado?. No importa. Al fin y al cabo era puntual en su atraso. El Presidente ya tenía programado que llegara con quince segundos de retardo. Eso le permitía al gobernante afirmarse los anteojos, arreglarse el nudo de la corbata, mirar por la ventana hacia los grises edificios del Ministerio de Defensa, lanzar un suspiro y poner atención al estado de la política internacional. Sin embargo, no se encontraba cómodo. Sentía que algo no se encontraba en su lugar, además del Ministro Tercero, naturalmente.

Y así fue que el Presidente escuchó pacientemente el informe internacional. Las palabras del Ministro Tercero iban desde su boca hacia los oídos de la autoridad. El Presidente lo escuchaba aparentemente con atención. Le hizo repetir algunas frases. El Ministro lo observó con sorpresa. El Presidente nunca hacía repetir nada, era una máquina de captar y comprender a la primera vez. El Ministro continuó. Por su parte, el gobernante se dio cuenta de la extraña petición, en su caso, que había formulado a su subordinado, pero hizo como si nada hubiese ocurrido. La verdad es que el Presidente se sentía un poco incómodo. No sabía por qué, pero estaba incómodo. Siguió prestando atención al informe y, al terminar el párrafo número siete, hizo su primera pregunta, sobre la Gran Potencia N° 1. Era una pregunta ajustada a lo habitual. Continuó el informe. Al llegar al párrafo catorce, el Presidente preguntó nuevamente por cierta situación de la Gran Potencia N° 1.

- ¿Cómo? -, se interrogó el Ministro. - Normalmente hace una pregunta sobre la Gran Potencia N° 2.

También el Presidente se sorprendió de sí mismo. No dijo nada. Haciendo un gran esfuerzo, dio las órdenes acostumbradas y pidió, como de costumbre, que lo dejaran solo, para reflexionar sobre el futuro de la nación.

Sin embargo, el Presidente estaba intranquilo. Allí faltaba algo. Alguien no había cumplido algo a la hora señalada. Pero, ¿quién y qué cosa?. Hizo un esfuerzo de concentración sobre su memoria. Repasó mentalmente el programa de actividades diarias. No, no pudo descubrir qué no se habría cumplido. Miró hacia la nada. De pronto, recordó. ¡Eso era!. Él no había venido. El vagabundo que todos los días venía a la puerta del palacio y lanzaba denuestos contra las autoridades, contra los frailes, contra el mundo e, incluso contra Dios, no se había dejado oír. El Presidente recordaba cómo lo conoció. Hacía varios años, poco antes de llegar en la limusina presidencial al palacio,

puntualmente como siempre, el vagabundo se había presentado en la escalinata de la puerta principal. Llevaba dos sombreros, que se complementaban mutuamente, pues a uno de ellos le faltaba la parte superior y al otro, la visera o ruedo. De sus hombros colgaban sus bienes materiales, que no eran muchos, entre éstos, una sombrilla apolillada, una capa fabricada con discos compactos en mal estado y una bacinilla. Los rayos del sol sobre la capa rebotaban refulgentes, como si fuese de metales preciosos. Era aún más vistosa, pues los discos lanzaban brillos tornasolados al descomponer la luz reflejada en ellos. El vagabundo injurió a la nación, según él un hato de cobardes y borregos; lanzó inectivas contra los guardias montados, que semejaban mulas a horcajadas sobre caballos; incluso, gritó que el Presidente era un flojo e irresponsable, por cuanto aún no estaba en su puesto. El jefe de la guardia se abalanzó sobre él acompañado de sus guardaespaldas. Lo tenían fuertemente sujeto e iban a golpearlo, cuando llegó el primer mandatario de la nación.

- ¡Alto! -, ordenó el Presidente. - Este hombre no ha hecho nada malo. Solamente hace uso de su derecho a opinar en público. Recuerden que estamos en una democracia.

El vagabundo ordenó sus ropas y, enfrentando al jefe de la guardia, le gritó justo frente a la cara un sonoro ¡Já!. Éste último, refrenando a duras penas su ira, señaló:

- Agradece a Su Excelencia. Por él estás aún libre.

- ¿Por qué he de agradecerle?. Solamente cumple con su deber. Para eso le pagan. ¡Chao!

Desde entonces, esas escenas se produjeron muchas veces, salpicadas de color por otras vestimentas estrafalarias o por gestos considerados habitualmente groseros, como un sonoro pedo con el trasero desnudo apuntando hacia el palacio.

La verdad es que el Presidente no tenía ningún interés ni en el vagabundo ni en el derecho a opinión. Simplemente, sabía que su actitud justa y recta en defensa de un débil y oscuro ciudadano no pasaría inadvertida para la prensa. Efectivamente, el pequeño incidente adquirió notoriedad en las noticias por varios días. La figura presidencial se agigantó en los medios de comunicación, tanto, que a poco andar todos habían olvidado al vagabundo y a los derechos individuales.

- ¡Bien! -, se dijo el Presidente. - Otros siembran y yo cosecho.

El primer mandatario cesó sus recuerdos. No era precisamente dado a divagar. Para calmar el desasosiego causado por no sentir el acostumbrado escándalo del vagabundo, queriendo localizar a este último, se encaminó hacia la ventana de su despacho.

Mientras el Presidente mantenía reuniones de trabajo con sus ministros, los acontecimientos se habían ido produciendo en forma rápida pero en una dirección que el Primer Mandatario ni siquiera sospechaba. Aquél día preciso, a diferencia de lo que pensaba el Presidente, el vagabundo se había presentado muy temprano a las puertas del Palacio de Gobierno. Después de pasear, desde la acera, su mirada irreverente y satisfecha sobre los guardias, se sentó en el suelo y, luego, se acostó cuan largo era sobre la vereda, con los brazos y las piernas abiertos. Su mirada se perdía en lo infinito del cielo y una sonrisa beatífica armonizaba su rostro habitualmente descompuesto por la ira y la crítica despiadada.

Mientras el loco yacía acostado en la vía pública, acertó a pasar por allí una pareja de vagabundos, con todos los requisitos para ser calificados así. El más bajo y gordo se dirigió a él:

- ¿Qué haces, camarada? -, dijo el gordo.

- ... -.

- ¿Qué haces, camarada? -, repitió el gordo.

- ... -.

- ¿Qué te pasa, hermanito? -, preguntó el flacucho.

El loco, sin cerrar sus ojos y sin desviar su mirada hacia la nada, musitó:

- Estoy mirando el cielo.

- ¿Y qué ves? -, preguntaron ambos al unísono.

- Veo aire, sol, nubes... Allí veo una nube que soy yo mismo tirado en el suelo y se le acercan otras dos, que son ustedes, colegas.

- ¿Podemos acompañarte? -, dijo el gordo.

- Hay lugar para todos -, fue la respuesta.

En pocos segundos, los tres gamberros compartían por lecho la vía pública, relajados y felices. No tardó en aproximarse un periodista, de los que cubren noticias en el Palacio de Gobierno. Se dirigió al gordo:

- ¿Qué pasa?, ¿qué hacen aquí?.

- No acostumbro a dar entrevistas -, replicó el gordo. - Si quiere saber más, pregúntele al dueño de casa.

El periodista se acercó al loco. No hallaba cómo preguntarle. Sabía que éste era un alma sensible que se sobre estimulaba por una nadería.

- ¿Por qué está mirando hacia el cielo, señor?.

- No me llames señor, dime Loco, huevón.

- Está bien. Oye, Loco. ¿Por qué miras hacia el cielo?.

- No seas huevón. No miro, no hay nada que mirar. Sólo siento.

- ¿Y qué sientes?.

- ¿Cómo?. ¿No sabes qué se siente?. ¿Nunca has observado el cielo?.

- Eeh, pocas veces -, dijo el joven, algo sonrojado.

- Óyeme, huevón -, dijo Loco con el tono que se compadece de alguien. - Yo te voy a enseñar. Acuéstate aquí, a mi lado. En mi casa sobra espacio.

Había algo tan irresistible en la invitación de Loco que el periodista cedió a cualquier escrúpulo y se tendió también en la vereda, junto a los vagabundos. Al ver el cielo y las nubes, al sentir el sol, se relajó, se sintió parte del todo, del universo. Sintió que aquellos tres irreverentes eran sus hermanos de la misma especie.

Habían pasado pocos segundos, cuando un segundo periodista pasó por el lugar y vio a su colega en el suelo.

- ¿Qué pasa aquí?. ¿Te sientes mal, Atanasio?.

- Nunca me sentí mejor en la vida -, respondió el interpelado. - Pero, si quieres saber detalles, pregúntale al patrón -, dijo, señalando a quien había iniciado aquello.

- ¿Por qué están acostados en la calle?. Usted, ¿hace esto con frecuencia?.

- Se acabarán las piedras... -, dijo Loco.

- ¡Pero los huevones nó! -, corearon de inmediato los otros vagabundos.

- Sin embargo, tiene que haber una razón -, expresó el periodista, sacando sus últimos restos de profesionalismo.
- Mire, amigo -, dijo Loco asumiendo un aire de alguien que hace un gran favor a otro. - Por esta vez, revelaré mi secreto.

Al oír la expresión "revelaré mi secreto", se acercó, cual nube de moscas, una legión de reporteros.

- Así es. Pero, amigos míos, "donde fueres, haz lo que vieres" -, sentenció Loco con tono doctoral. - Acuéstense y conversemos.

Una vez que todos los representantes de la prensa nacional e internacional estuvieron tendidos en la acera y parte de la calzada, continuó,

- Esta es una técnica que acostumbro a llamar "de los tres omnis". Cuando miro al cielo y a su contenido maravilloso, me siento omni... sciente, omni... presente y omni... potente -, expresó el orate, haciendo un descanso con la voz en cada "omni".

En ese momento, pasaba por allí un miembro del Senado. Le resultó imposible resistir la atracción del término "omnipotente".

- ¿Qué quieres decir, buen hombre? -, dijo el Senador, sin olvidar de ponerse al alcance de las cámaras de televisión.
- Quiero decir, buen cenador -dijo Loco-, quiero decir que éste debería ser el estado natural del ser humano: que todo lo comprenda, que esté en todo lugar y que tenga poder para realizar cualquier cosa. Ahora, buen asno, ven a mi reino y acuéstate. Hazle lugar, gordo -, dijo Loco dirigiéndose a su colega de vagancia.

Con toda la presión de los medios de comunicación y los centenares de transeúntes que se detenían a curiosar, no le quedó más remedio al honorable Senador que tenderse en el suelo, a pesar de su impecable traje azul oscuro.

Por si fuera poco, la escena fue vista por un grupo de parlamentarios de gobierno, quienes, para obrar solidariamente con el recién tendido, tomaron la decisión unánime de acostarse en el suelo, cubriendo la calzada y deteniendo el tránsito. Cuando esto fue percibido por la oposición, una nutrida delegación de congresistas antigubernamentales hizo valer su derecho a tenderse libremente en la calle, con lo cual casi se duplicó el número de los yacentes.

Al poco rato, hizo su aparición el Ministro de la Defensa, quien, al ver a tanta personalidad pública en semejante postura, pensó que se trataba de una nueva medida del gobierno, ante lo cual no hubo más remedio que hacerle lugar junto a quien había iniciado todo aquello. Su actitud colmó todo límite, puesto que todos los militares presentes, incluidos los guardias del Palacio de Gobierno, consideraron lícito adoptar el decúbito dorsal. Evidentemente, no lo hicieron en la actitud de relajo de la mayoría, sino que conservaron su aire rígido y marcial.

Sin embargo, nadie que se hubiese tendido y mirado al cielo de aquella mañana, tan azul, con un sol tan acogedor, con algunas nubes que jugueteaban al ritmo del viento formando figuras caprichosas, podía dejar de relajar sus músculos y sonreír a la vida y al mundo. Aquella indolencia que emanaba de la multitud acostada tenía una magia que cautivaba e invitaba a unirse al rebaño. Así, hasta donde alcanzara la vista, centenares y miles de personas, se acostaban en el suelo, miraban hacia el cielo y sonreían. El tránsito se suspendía, el comercio y las industrias paralizaban porque quienes eran responsables de su dinamismo decidían unirse a la sonrisa colectiva y al ser común a todos. La ciudad no quedó parada, pues estaban acostados, sino mas bien, paralizada.

- o -

El Presidente abrió la ventana y se asomó al balcón, buscando con la mirada al loco en los alrededores del palacio. Halló todo silente, vio a los miles que yacían en el suelo: vagos, periodistas, parlamentarios, políticos, soldados, comerciantes, obreros, artesanos, toda la gama de personajes de la sociedad. El Presidente era un hombre de dilatada experiencia pero jamás había visto una cosa así. Se impresionó y, sin embargo, conservó la calma. Volvió a ingresar a su despacho. Se dirigió hacia la puerta. Recorrió los corredores, descendió las escalas, se hizo presente en la calle. Localizó a quien había estado buscando desde temprano y le había provocado aquél desasosiego. Se detuvo junto al loco. Su agudo sentido político le indicó que solamente cabía hacer algo en la dirección de la mayoría. Con un gesto, ordenó que le hicieran lugar. Se acostó en el suelo. Sin embargo, esta vez, a diferencia de todas las decisiones que tomaba habitualmente, no lo hizo en forma mecánica e impersonal. Se tendió, sintiéndose colmado de energía diferente. Dejó lanzar su mirada hacia el cielo.

- o -